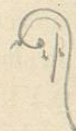


LONDRES. MUSEO KÉNSINGTON.



CAPÍTULO V.

LONDRES.

El Palaccio Windsor. — Carreras de caballos en Áscot. — Cremorne Garden. — Adelina Patti en la Traviata. — Calle Haymarket á media noche.

10 de Junio.

Estuve en el Palacio Windsor, edificio situado á 22 millas de Londres, sobre la ribera derecha del Támesis, en una población, que lleva el mismo nombre de Windsor y contiene unos 17.000 habitantes.

Windsor es un inmenso castillo en donde habita la familia real; edificio bien sólido por cierto, pero cuyo aspecto en vez de causar placer, infunde terror.

Levantado en la cima de una ligera colina, domina todo el valle del Támesis.

En la puerta del castillo, por donde entré, me llamó la atención que hubiese una pieza de artillería de grueso calibre en un recodo de la escalera que se

debe subir, y con la boca dirigida á la entrada, distante sólo cuatro ó cinco metros.

Pregunté á mi *cicerone* qué significaba esta amenaza, y me dijo que era para contener al pueblo en esta entrada, en caso de un tumulto contra la familia real.

¡ Desgraciados seres, los que para vivir necesitan estar constantemente amenazando metrallar al pueblo !

En el centro de este castillo se levanta sobre un montículo artificial una elevada torre, de forma elíptica, llamada la Torre Redonda, desde la cual se disfruta de un precioso panorama, pues desde allí se alcanzan á ver terrenos y caseríos de doce condados y hasta se divisa en días de un cielo despejado la cúpula de la catedral de San Pablo.

En esta torre ó mirador se reunían en tiempo de Eduardo II, los caballeros de la tabla redonda.

Actualmente está habitada por el gobernador de Wíndsor, y largo tiempo sirvió de prisión á Jacobo I, de Escocia.

Al oeste de esta torre se encuentra un gran patio cuadrangular, flanqueado por varias torres.

Otras de estas flanquean al oriente otro patio menos extenso, pero más elevado que el anterior.

La capilla de San Jorge del castillo es muy notable por la pureza de su estilo gótico, y por contener en su coro una hilera de sillas esculpidas, encima de las cuales flotan las banderolas de las caballeros de la Jarretiére, así como por hallarse allí las tumbas de Eduardo IV, de Enrique VI, de Enrique VIII, de Juana de Seymour, de Carlos I, de Carlos Brandon, del Conde y la Condesa Líncoln y el cenotafio de la princesa Carlota de Gales.

Frente á esta capilla está el mausoleo real, en donde reposan las cenizas de Jorge II, Jorge IV, de la reina Carlota, de Guillermo IV y de muchos otros miembros de la familia reinante.

En el patio superior se encuentra un departamento hacia el sur, destinado á los cortesanos y huéspedes de la reina; hacia el este, el departamento de la familia real y hacia el norte, el que contiene el salón de recepción que es á la vez una galería de cuadros.

En este mismo patio está una estatua de bronce de Carlos II. El aspecto tanto exterior como interior de este castillo, es sombrío, lúgubre y triste. Sin duda es más alegre y respira más vida el recinto de los muertos en Brooklyn, que el edificio que actualmente habita la reina de Inglaterra.

En los departamentos reales se entra por una puerta que está inmediata y hacia la izquierda de la torre San Juan, y se recorren allí la sala de audiencia y la cámara de presencia de la Reina, salones cuyas paredes están cubiertas de tapices de Gobelinos que representan la llamada historia de Ester y Mardoco, y cuyos cielos rasos son obra de Verrio; la sala de guardias que con-

tiene multitud de objetos curiosos: como son un escudo de acero damasquinado, obra de Benvenuto Cellini, y que fué regalado por Francisco I, á Enrique VIII; un cañón indo, tomado en el asalto de Seringapatam, la armadura que llevaba el rey Juan de Francia en la batalla de Poitiers y el busto de Nelson sobre un trozo del gran mástil del navío almirante « La Victoria »; la sala de San Jorge, en donde se encuentran once retratos de cuerpo entero de reyes de Inglaterra, obras de Van Dyck, Kueller, Laurence y otros pintores: el cielo raso representa los blasones de la orden de la Jarretiére; la sala de baile,



LONDRES. « ÁLBERT HALL » SALÓN ALBERTO.

hermosamente decorada con tapices de Gobelinos, que representan la conquista del Toisón de oro, y que se dice pertenecieron en otro tiempo á María Antonieta; en una de las ventanas, hay un primoroso jarrón de Malaquita, regalo del Czar Nicolás; la galería de Waterloo, en donde están multitud de los trofeos recogidos en aquella grandiosa y última batalla del gran Napoleón; y la sala del trono donde se ven algunos retratos de reyes. Se atraviesa luego un vestíbulo, se asciende una gran escalera y se penetra por otro vestíbulo á otros salones igualmente notables, como son el salón del Rey ó de Rubens, en donde se admiran once cuadros de este maestro, entre ellos, su propio retrato y el de su esposa; la cámara del Consejo real, en cuyo recinto están treinta y cinco cuadros, obras maestras de Guido, Guerchino, Corregio, Leonardo de Vinci, Anibal Carachio, Carlos Dolce, Dominiquino, Andrés del Sarto, Rembrandt, Poussín y Claudio Lorenés.

Hay otro salón muy notable, por no decir el primero en el palacio, por contener las más preciosas pinturas de Van Dyck. Allí figuran el retrato del mismo artista, el de Carlos I, y el grupo de sus hijos.

Se dice que los departamentos que encierran tantas preciosidades están á prueba de fuego.

Al frente de la parte norte del castillo, hay una azotea desde la que se observa una magnífica vista del valle del Támesis y de las colinas inmediatas.

Después de visitar á Windsor me fuí á Áscot, pueblo inmediato, distante sólo siete millas, en el que se verificaba una corrida de caballos, y á la que asistió toda la aristocracia de Londres y la real familia.

Verdadera fiebre agita á los habitantes de Londres, el día de una corrida de caballos.

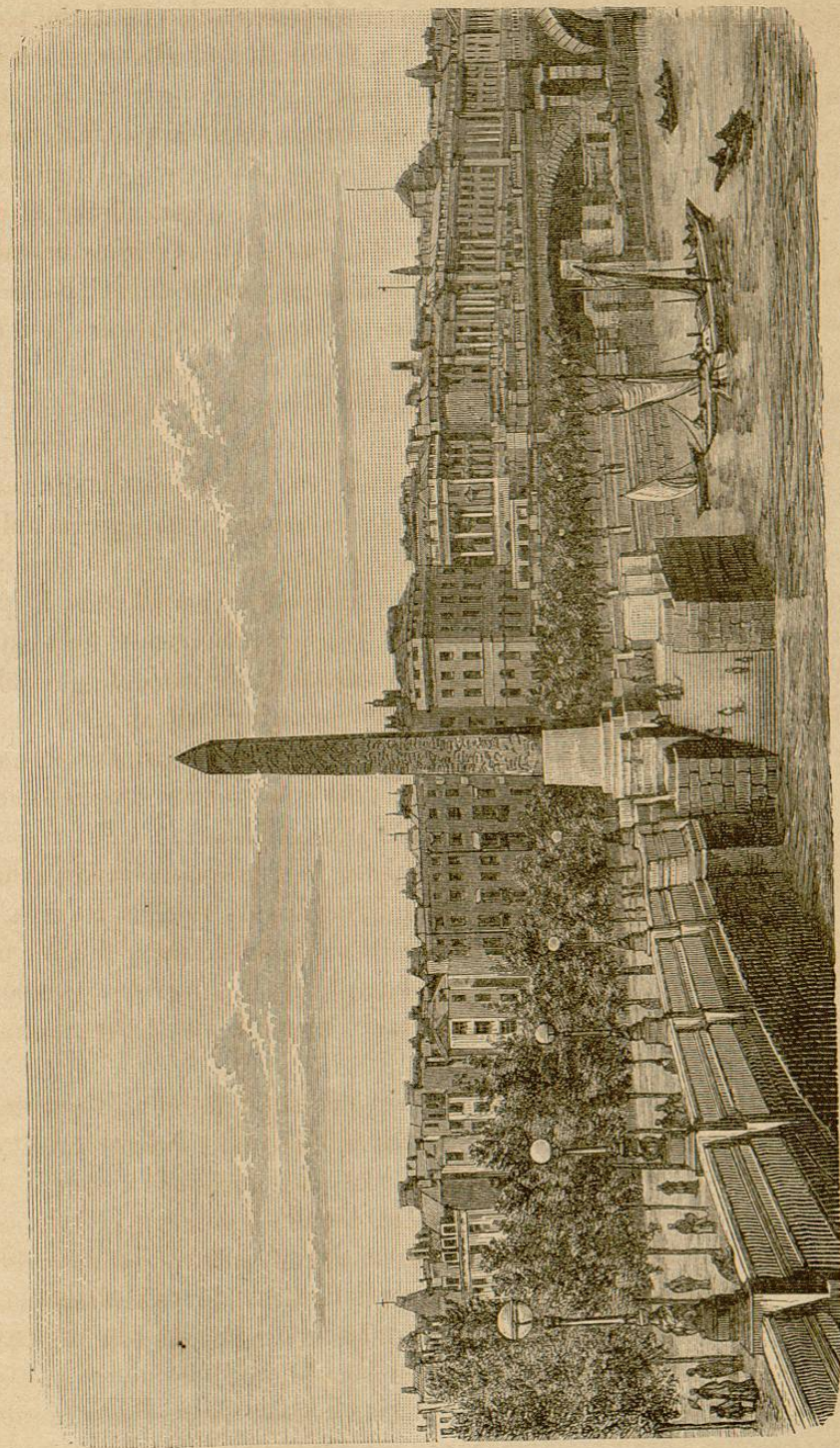
Se hace una especie de valla con alambres, señalando el sitio en que deben correr los caballos, que generalmente es circular y de algunas millas de extensión. En un punto están varios palcos, en donde se colocan la familia real y la nobleza, y que es el lugar de partida y *salidero* de los caballos. El pueblo acude en masa, á pié, á caballo, en coches, buggies, ómnibus y toda clase de vehículos. Los wagones de los ferrocarriles llegan materialmente atestados de concurrentes y la corrida de caballos es el objeto de todas las conversaciones siendo tal el tumulto de gente, que á fuerza de empujones y con grandísima dificultad se puede uno parar cerca del alambrado para ver los caballos que cruzan montados por jockeys de trajes vistosos y abigarrados.

Los concurrentes en espera de que comience la carrera, se sitúan sobre los techos de sus carruajes, se empujan y comprimen para estar más cerca de la vía en donde son constantemente detenidos por los policías; y fuman, toman cerveza ó champaña, apuestan, ríen, charlan, y meten tal gresca y ruido, que se diría que los habitantes del mundo entero reunidos allí, habían perdido el juicio.

¡ Qué elegancia en los vestidos, qué diversidad de fisonomías y actitudes, qué munificencia de trajes, cuántas beldades de ojos de cielo y cabellos de oro, sembradas en aquel recinto como los lirios entre el tupido césped!

Mas llega el momento en que salen los caballos: un silencio religioso se establece mientras pasan frente á la concurrencia; los jockeys, vestidos con una especie de cachucha de bomberos, una blusa de cuadros ó listas azules y blancas, rojas ó verdes, metida en un pantalon de montar tambien listado ó de cuadros de distinto color de la blusa, y calzados de bota fuerte, van sobre ligerísimas monturas parecidas á la que en México llamamos albardones, tendidos sobre el cuello del caballo, para presentar menos resistencia al aire.

El color de su traje sirve para guiar á los que apuestan. Estos no van al caballo alazán contra la yegua prieta, sino que norman sus apuestas, diciendo rojo y azul contra amarillo y negro, por ejemplo, porque en los libretitos que



Paris. — Imp. Ch. Unisinger.

LONDRES. EL OBELISCO.

se venden en aquel lugar, están especificadas las principales cantidades apostadas, los nombres de los caballos, la distancia en que corren y el color del vestido de los jockeys que los montan. Así es que al apostar al verde y rojo contra el blanco y azul, se comprende que se va al caballo de tal Lord contra el potro de tal banquero.

En cierta clase de carreras, el que un caballo pierda hoy no es motivo para que no corra ó deje de tener á su favor apuestas bien grandes otro día. Lo único que se hace con él, es aligerarle el peso con que corre, y aumentar el del caballo contrario. Si el que perdió ha corrido con un jockey y albardón que pesan 120 libras y el contrario con 115, al volver á correr, el primero lo verificará con cien libras y el segundo con ciento treinta, por ejemplo, y lloverán las apuestas como si se tratase de dos caballos que no se ha visto correr. Á veces, entra en el cálculo del dueño del caballo el que este pierda, para ganar apuestas mayores en una futura carrera.

Al aparecer los caballos en el punto de partida, no todos salen á escape; algunos van á toda rienda, otros al galope y otros sólo á trote largo: la andadura que escojen los Jockeys depende de su buen juicio y experiencia. No pocas veces el que va detrás de todos al comenzar y aún á más de media carrera, es el que triunfa.

Como dan dos y tres vueltas á aquel gran círculo, sumando una distancia recorrida de dos, tres y aun cuatro millas, los Jockeys experimentados van á cierta distancia atrás de sus rivales, y sólo en la segunda mitad de la última vuelta, ó casi en el *salidero*, castigan á sus caballos y exigen de ellos todo el esfuerzo que en el resto de la carrera le han economizado hábilmente.

La ligereza ó esfuerzo de los caballos, el peso con que van cargados, y la astuta habilidad de los jockeys son los agentes que, combinándose de tal ó cual manera, deciden dando el triunfo á este ó aquel apostador.

Concluida la carrera, comienzan la dispersión de aquel mar de gente, la vocería de la muchedumbre, la algazara de los apostadores, el estrepitoso correr de millares de carruajes en opuestas direcciones, queriendo todos los aurigas á fuerza de azote ser los primeros en salir á los caminos inmediatos para evitar con esto á sus amos el polvo que levantan los demás carruajes.

Si la humanidad fuese capaz de concentrarse en un solo ser animado, al escucharse la terrible grito, el tropel de esta multitud, se creería que eran los latidos de su gigantesco corazón.

Por la noche estuve en *Cremorne Garden*. Este es un lugar delicioso, en donde se baila todas las noches durante el verano y el otoño, y en el que se representan cuadros animados, y se quemán fuegos artificiales. Los jardincitos sembrados de kioscos, rotondas y pabellones, iluminados *á giorno* y cruzados de centenares de mujeres bellísimas que van á caza de aventuras, y

de calaveras aristócratas, tienen el aspecto de uno de esos lugares encantados y fantásticos que ha solido uno soñar en sus noches de ventura.

Los concurrentes á este sitio escogen la más seductora de esas huríes, y la acompañan á alguno de aquellos kioscos ó pabellones que rodeados de verdura y cubiertos por lianas ó enredaderas, abrigan en su seno una mesita y asientos que convidan á las más dulces confidencias.

Se hacen servir champagne ó algun licor generoso, y acariciados por la fresca brisa, al rumor desvanecido de lejana música, y los discretos rayos de una luz amortecida, entre el choque y choque de sus copas, se dicen bellas frases de ternura con el corazón inundado de embriaguez.

En el teatro de este jardín se ejecutó un baile por cuarenta bailarinas, vestidas de mariposas y seguidas las más notables de ellas por un lampo de luz eléctrica que las rodeaba de una aureola fantástica y las hacía parecer como hadas.

Sorprendido de la belleza de las decoraciones y original gracia de los vestidos, mi cicerone me informó que eran franceses, y que despues de haber servido en un teatro de París, habían sido traidos á Cremorne Garden.

¡París! cuál será tu gusto en primores de fantasía, cuando la más grande capital del mundo, como es Londres, no se desdeña de lucir el desecho de sus teatros!

Dicho se está que á Cremorne Garden sólo concurren los calaveras y extranjeros: la gente respetable de esta ciudad no pone allí los pies.

Hace tres noches estuve en el teatro Cóvent-Garden. Su pórtico está compuesto de seis columnas corintias, superadas de un frontón con unas estatuas alegóricas. Entre las columnas están los bustos de Esquilo, Aristófanes, Shakspeare y Ben Jonson, y en las alas de la fachada hay dos nichos con las estatuas de la comedia y la tragedia. Los palcos son cóntodos y adornados lujosamente. Caben en este local como 3. 500 espectadores.

Á este teatro concurre generalmente la familia real. La noche en que yo estuve se daba la ópera Traviata, haciendo el principal papel Adelina Patti.

A la hora que llegué no había ya asientos en luneta, y sólo alcancé un palco tercero. Los aplausos á la Patti fueron frenéticos. A mi lado estaba un joven cubano de apellido Cárdenas que hablaba español con un compañero; y con motivo del idioma, pronto trabamos relaciones. Este joven Cárdenas es de una de las familias ricas de Cuba, desterradas á causa de la guerra de independencia que está asolando aquella preciosa isla, y como yo, había llegado al teatro cuando los boletos de luneta se habían agotado.

La sociedad inglesa es muy exigente: todas las señoritas que concurren á las primeras localidades del teatro llevan vestidos y adornos de etiqueta; y muy mal visto sería que alguna fuese de sombrero á los palcos primeros.

Salí del teatro como á las once y media, é invitado por Cárdenas y su compañero, fuí á dar un paseo por las calles.



LONDRES. MONUMENTO DEL PRÍNCIPE ALBERTO.

Cárdenas es un joven elegantemente vestido, de una figura simpática, como de 23 años, y con ese porte y modales que revelan al hombre criado desde su cuna en la más refinada sociedad.

Desterrada su familia de Cuba, vive actualmente en esta ciudad, y él desempeña